

“CABEZA-BUQUE”

Por Alfredo Huertas.

I.

Cuando Ataulfo salió a la calle, libre ya de todas las enfadosas discusiones que lo habían tenido ocupado durante horas y horas en el Consejo, se frotó las manos con satisfacción. ¡Vaya, vaya! La vida no era tan mala, después de todo. . . Había conseguido meterse prácticamente en el bolsillo a todas aquellas eminencias de las finanzas nacionales, tan bombeadas a diario por la prensa venal y gubernativa. . . Le habían rendido homenaje al hacer justicia a su sagacidad que venía a salvar de un desastre hacendístico el plan presupuestario del país. El subsecretario acabábale de insinuar la concesión de una gran cruz del mérito civil, o algo así, a él, al desdichado y humilde producto arrabalero, al hijo de la lavandera, al triste, al solitario, al introvertido. . . El cielo estaba azul; de un azul tan puro que avergonzaba a los impuros contempladores, y el sol caldeaba como una caricia absoluta la avenida llena de gentes atareadas u ociosas, pero todas sonrientes, contentas, como invadidas, de pronto, por la alegría de vivir.

Ataulfo estaba contento también. ¿Por qué no? A veces, el olvido es la mayor felicidad que pueda desear el hombre, y él acababa de olvidar. Miraba a lo alto, a lo límpido, a lo elevado. ¡Qué belleza! ¡Qué belleza! ¡Qué claridad! . . . Y, de pronto, entre el azul y la mirada se interpuso algo: la plateada lámina de un espejo monumental que unos mozos ajayanados conducían con toda suerte de precauciones. La calle entera se calcó en la luna moviente; se volcó, mejor dicho, pues todo viose en ella “cabeza abajo” y el propio Ataulfo contemplóse bailoteando en el reflejo, de cuerpo entero, grotesco, con aspecto de pez de acuario, del que sobresalía

su enorme cabezota, la monstruosa, la fenomenal testa que le había valido, casi desde que vino al mundo, el horrendo “sobriquete” de “Cabeza-Buque”.

Porque, recién expulsado del seno materno era tan mínima cosa que ni la comadrona, ni las vecinas oficiosas, ni la doliente mamá daban por su vida el valor de un centavo. Los internos del hospital lo tuvieron ocho días en una incubadora para observar el fenómeno de un pobre ser cuya cabeza era dos veces mayor que el resto del cuerpo. Poco a poco fue, sin embargo, asemejándose a un niño normal, como todos los demás, que se adhería al seno materno como un desesperado y que berreaba cual un maldito o dormía como un santo, con alternativas cronométricas. Subsistía, no obstante, la anormalidad de aquella cabezota pesada que apenas si podía sostenerse sobre el eje del cuello flaco y arrugado semejante al de una gallina. Todos observaban la anomalía, pero nadie le daba importancia. ¡Bah!—decían—cuando pasen los meses desaparecerá ese defecto; la mayoría de los niños tiernos son cabezones. . . Sólo el padre lo contemplaba en silencio y gesticulaba dubitativo al comentar para su capote: “La verdad es que este chico es un monstruo”.

Y, precisamente, fue el autor de sus días quien le colgó, como un sambenito, su primer apodo: “Cabezorro”.—A ver, ¿dónde está el “Cabezorro”?—vociferaba desde la puerta al regresar de su trabajo, tras las consabidas libaciones en las tabernas que le caían al paso. Libaciones que, desde el nacimiento de su vástago, se iban haciendo más y más copiosas cual si con la bebida quisiera olvidar la oscura sospecha de que quizá él mismo era culpable de la insólita megacefalia. Y también la madre, la insignificante mujeruca que temblaba miserablemente ante su marido, estuviera o no borracho. . . —Mira lo que hemos hecho—le vociferaba éste en el apogeo de sus casi diarias papalinas—; fíjate lo que ha salido de ahí— y señalaba el camastro conyugal. —No es como para que presumamos de nuestro rorro; ¿verdad? Aunque, si tiene talento como cráneo, quizá sea el báculo de nuestra vejez, como dice el cura. ¡Ja, ja! ¡Qué “Cabezorrón” espantoso! . . . Y no se muere el condenado. Grita, come, devora, engulle, traga como cuatro. . . ¿No estás orgullosa, mujer?

La pobre aludida se indignaba, pero no se atrevía a protestar. Adoraba a este hijo tardío y único y, en su santa ceguera maternal, no creía o no quería creer exagerado el defecto del niño.

—No es para tanto, hombre; no es para tanto. Cuando crezca se arreglará. . .

Pero, a pesar de los buenos deseos y de las fervientes oraciones de la santa mujer, Ataulfo iba creciendo y el defecto no se arreglaba; por el contrario, cada vez se hacía más visible.

El padre no pudo quererlo nunca, aunque quizá lo intentara. Por el contrario, llegó a aborrecer al engendro y no tuvo jamás para el pequeño la menor atención, la mínima caricia, la más insignificante palabra afectuosa. Nada. La presencia del muchacho le ponía nervioso y lo desesperaba hasta el punto de llevarle hasta la embriaguez habitual. Sus borracheras eran cada día más prolongadas y más siniestras: escupía odio y rencor contra algo enigmático, inconcreto, a quien hacía responsable de su desdicha. Aborreció también a su mísera compañera, a la que comenzó a golpear sistemáticamente en los senos flácidos y en el vientre hinchado, de hidrópica. Al pequeño lo maltrataba igualmente y la pobre criatura, espantada, se refugiaba en un rincón de las oblicuas paredes aboartilladas y pretendía defenderse cruzando sus débiles brazos o uniendo sus manos en un instintivo gesto implorante.

Hay infancias así: llenas de dolor, de odio y de lodo. Y la muerte tarda en llegar a estos tristes pingajos humanos. . . Ataulfo fue desarrollándose a través de las lágrimas, de la miseria y de la ira. Cuando acababa de cumplir tres años tuvo conciencia plena de su anormalidad. Los espejos le decían cómo era él y él comenzaba a ver cómo eran los demás. Comparaba. Deducía. Y preguntaba a la madre atribulada:

—Mamá: ¿por qué tengo la cabeza tan “gande”?

La prematura anciana se estremecía antes de responder:

—No, hijo mío, no es grande. Es que tu cuerpo es chiquito aún. Pero cuando vayas siendo mayor, se arreglará. . .

—Se “arregará”—, comentaba el chiquillo, pensativo.

Pero algo más tarde empezó a sacar conclusiones. Salía muy poco de la casa humilde. La madre no lo llevaba nunca consigo porque las gentes miraban al pequeño con extrañeza, cuando no con ironía. . . Y él ya iba observando aquello que encontraba desajustado y discordante y se veía objeto de la curiosidad hostil—porque toda curiosidad es hostil—, de cuantos lo contemplaban.

Los meses trajeron un recrudecimiento de la miseria hogareña. Convirtiósese la casa en una pocilga y el homúnculo vivía entre una

enferma y un borracho, debatiéndose como el náufrago que intenta apoderarse del madero salvador. El padre tenía ataques de locura furiosa y en más de una ocasión hubieron de intervenir los polizontes de la barriada para calmar su agresividad sedienta de sangre, conduciéndolo a fuerza de golpes a la comisaría inmediata, de donde regresaba a la mañana siguiente con más irrefrenables ansias de beber y de matar. En estas alboradas turbias observaba al pequeño monstruo y lo insultaba con delectación:

—Tú tienes la culpa de todo, “Cabezorro” maldito... ¿Por qué no te mueres de una vez, gusano miserable?... ¿Por qué?... ¿Por qué?...

Al fin, fue él quien murió, gracias a Dios de todos los cielos. Una riña tabernaria trajo como consecuencia la puñalada alevosa y providencial que libró a madre e hijo del suplicio cotidiano. La viuda lloró a su verdugo, a pesar de todo; después del entierro, vistió de luto al niño y, sacando fuerzas de flaqueza, se puso a trabajar como una desesperada para salvar los restos de la casa. Con un frenesí constante lavaba y planchaba toneladas de ropa y se acostaba con los huesos molidos como pateados por rebaños en estampida; además atendía al huérfano y aseaba el hogar dándole un aspecto digno. Gracias a aquel trabajo agotador y bendito podía ella obtener la escasa pitanza necesaria para el mantenimiento propio y el de su vástago y hasta para vestir con cierta decencia.

Fueron aquéllos los primeros tiempos felices y tranquilos en la vida de Ataulfo. Pasaba éste las jornadas completamente solo en el departamento reducido, entreteniéndose en trepar a los muebles, recortar estampas y estropear juguetes baratísimos que, de tarde en tarde, le traía la abnegada mamá. Casi nunca salía a la calle: un terror sordo le impedía hacerlo. Mejor se estaba allá adentro, en el cuartucho, al que un tragaluz que montaba sobre un panorama extenso de tejados daba una claridad menos que suficiente. No había en la mente infantil sentido del tiempo. Cuando la madre, al amanecer, daba unos escobazos someros a la piezuca, el niño despertaba con un formidable bostezo en su bocaza tremenda. Desayunábanse ambos con un tazón de café negro y, en seguida, ella marchaba a su trabajo.

La jornada era larga; pero él no se daba cuenta. Sentábase en un rincón y pensaba en ese mundo maravilloso que puede crear en su ensueño un infante de cinco años. De la calle venían ruidos y ecos que Ataulfo se complacía en escuchar. Subíase a una silla y desde allí trepaba hasta el tragaluz. El paisaje estaba reticulado

en jirones de sombra y rayas de sol amarillo y pulverulento. Había toda una teoría de chimeneas negras con sombrerillo, erguidas en formación sobre las tejas, y de algunas de ellas emergían prolongadas vedijas de humo incoloro. Los pregones eran agradables y el niño había aprendido a conocer las distintas etapas del día por la llegada de aquellas voces cantarinas. “Leche de burras, leche...”; “¡Churros calientes!”... Eran como los primeros vagidos del día nuevo. Pronto se escuchaba el “clop, clop, clop” de los cascos equinos en su trotecillo de pencos de alquiler... En seguida rompía el ambiente la bien timbrada voz que ofrecía: “¿Quieren moras, moritas, moras? De la Casa de Campo, moras... Moras de jardín, moras...”, hasta deshilvanar el pregón en una arrastrada y ensoñadora cadencia.

Según avanzaba el día los “clops-clops” eran más constantes, se entrecruzaban, se entretrejían; además, otros ruidos venían a irrumpir en el concierto callejero: gritos humanos, ladridos en la lejanía, algarabía de gatos reñidores, llamadas de balcón a balcón en la vecindad. Nuevos pregones, más tarde: “La cangrejeeeera, viviitos”, que terminaba en un trémolo estremecedor y, luego, como una rapsodia: “Al buen requesón—de Miraflores de la Sierra—al buen requesón...—a treinta el molde, y a probarlo...” Ataulfo imitaba para su capote: “¡de Miraflores de la Sera!” ¡Qué bien sonaba aquello de “el buen requesón!” ¡y qué bien debía saber ese molde de a treinta, que representaba para el chicuelo casi una promesa abstracta de paraíso!

Como a medio abandono se escuchaba una behetría prolongada. Era la hora de la salida del colegio y la chiquillería se expansionaba en gritos múltiples y discordantes. Después venía una zona larga de silencio; Ataulfo sentía hambre y somnolencia. Comía algún trozo de pan abandonado en los vasares de la cocina o restos de la cena de la víspera y se tumbaba en el camastro a sestar... Algunas veces interrumpían su reposo las llamadas de vecinas que venían, por indicación de la madre, a echar un vistazo. Y, compasivas, le aportaban quién una fruta, quién una hortaliza, que Ataulfo agradecía con un: “gacias, señá Rufina” o “gacias, señá Lolita”, de niño bien educado.

La tarde era más breve, pero más pesada. El sol ya no pintaba líneas doradas en los tejados y los gatos se movían con más pereza. Hasta el “clop, clop, clop” de los caballos era más acompasado, más lento. Al llegar el crepúsculo, cruzaban una y otra vez sobre los tejados las bandadas de vencejos que chirriaban su grito monocorde con gárrula insistencia, melancólica, penetrante. Y sólo cesa-

ban al llegar la noche, y con la noche llegaban el miedo, el misterio, lo desconocido. . . Ataulfo sentía las palpitations fuertes de su corazón y se asomaba pávido a la puerta para llamar tímidamente: “¡Mamá!”.

Y, de pronto, surgía, en efecto, la aparición mágica de la amada mujeruca, con sus preguntas bobas y sus caricias y sus divinas atenciones. Se encendía en el fogón la lumbre chispeante y deliciosa que establecía una tibia intimidad entre aquellos dos seres desolados. La cena —única refacción de la jornada— era el gran acontecimiento. Y, mientras el tragaluz fingía en el techo inclinado un cuadrado negro, madre e hijo se entregaban al sueño en sus yacijas envueltas en oscuro silencio.

De este modo pasaron días, meses, años, nieves, heladas, calores, alegrías, tristezas, entre ruidos, abandonos, trabajos y soledad. Hasta que Ataulfo cumplió siete años, y con ello terminaron los días felices.

II

La edad de siete años era la que había fijado la madre para que su hijo iniciase la educación escolar. Consiguió matrícula gratuita en una escuela, cercana a la casa, instalada en un viejo edificio en cuyo balcón se mostraba un escudo municipal y el mástil de una bandera. En este colegio sufrió Ataulfo desde su llegada los más crueles insultos y las más duras vejaciones. Allí fue, en aquella escolita paupérrima, donde le “clavaron” como inri de la cruz de su martirio el odioso mote de “Cabeza-Buque”, el cual no habría ya de abandonar durante su vida.

“Cabeza-Buque”, o sea: cabeza como lo más grande que existía en las imaginaciones de los muchachos: como los enormes trasatlánticos que cruzan los mares, monstruos conductores de multitudes anónimas. ¡“Cabeza-Buque”, para siempre. . . !

Se enfrentó el chico, hasta entonces tan solitario, con los inconvenientes de la crueldad social y comenzó a saber de la vileza diluida en la masa de aquellos lobeznos humanos, de su misma edad, que lo acosaban sin conocerlo siquiera, pura y simplemente por maldad, aullando los viejos chistes desalmados que se les enredaban como redcillas de odio incomprensible:

—¡“Cabeza-Buque”!, ¡ahí te va eso. . . !— Y le arrojaban, desde lejos, una berza, una piedra, un montón de inmundicias, sin que el aturdido muchacho consiguiese nunca ver la mano culpable;

sólo el coro de carcajadas de la horda infantil que celebraba la “gracia” del oculto valentón.

Otras veces, le rodeaban cinco o seis mozalbetes de los mayores y entablaban entre ellos una conversación insultante:

—Oye, Ataulfo, ¿es cierto que para curarte el dolor de cabeza tu mamá tiene que gastar una tonelada de aspirinas?

—¡Qué vá...! —interrumpía otro—. Lo que sí es cierto es que necesita un contrapeso en los pies, cuando se baña, para no irse al fondo...

—A mí me han dicho —terciaba otro de los pequeños canallas— que la medida para los sombreros se la toman en un descampado...

—Pero esa “chola” es una ventaja para evitar los piojos. Se le mueren todos de cansancio al dar la vuelta.

Desacreditados juegos de palabras de viejas zarzuelas que los forajidos en cierne conjugaban para herir impunemente a su víctima, quien tuvo que soportar, con indignación al principio, con ira después, estas burlas continuadas. Después de convencerse de que era inútil protestar, irritarse o reñir, pues siempre le tocaba perder, limitóse a soportar con obligado estoicismo las mofas, no dándose por enterado, aislándose y refugiado en el estudio. El maestro pudo comprobar que la capacidad del niño era muy vasta, que tenía mucha inteligencia y una memoria felicísima. Su dedicación era tal que en muy pocos meses aprendió a leer y a escribir y conoció las cuatro reglas aritméticas. Así pudo asombrar a todos con su aprovechamiento; por lo que sus camaradas lo envidiaron y lo odiaron más. Como oyeran decir al profesor que Ataulfo iba en camino de ser un pozo de ciencia, comentaron:

—Naturalmente, y el pozo de ciencia lo guarda en la “calabaza”; por eso es tan colosal...

Siguió un nuevo capítulo de crueldades: comenzaron a arrebatarle los libros para arrojárselos al suelo; a golpearlo con saña entre cuatro o cinco; a escupirle los más feroces agravios. Cierta día uno de los grandullones de la clase aprovechó una oportunidad, durante el recreo, para echarle la zancadilla. El mártir cayó al suelo, hiriéndose en la frente, mientras estallaban brutales las carcajadas del coro de rufianes.

Ataulfo se levantó indignado, con una furia sorda desconocida

hasta entonces para él. Dirigióse al agresor y, ante la sorpresa de todos, lo atacó con el arma poderosa de que le había dotado la naturaleza. De un cabezazo espantoso en pleno pecho derribó al rival, quien quedó tendido en el suelo, sin moverse, como muerto. . . En seguida encaróse con la pandilla y aulló:

—Ahora, vosotros. El que quiera y como quiera: uno a uno o todos juntos, me da lo mismo. Venga, el primero. . . ¡Cobardes!

Estaba horrible. Sus ojos echaban chispas; de su boca salía un hilo de espuma sanguinolenta, le temblaba la mandíbula; apretaba los puños furiosamente y avanzaba la enorme testa, como la de un toro bravo dispuesto a embestir. Todos se apartaron con temor.

Por este incidente fue castigado con rudeza; pero las autoridades de la escuela no lo expulsaron porque comprendieron que la razón estaba de parte del ofendido. Los muchachos no se atrevieron ya a provocarlo francamente. Sólo cuando entraba al plantel o de regreso a su domicilio escuchaba los gritos consagrados:

—¡“Cabeza-Buque”! ¡Eh, “Cabeza-Buque”!

—Ahí te va eso, para tu pozo de ciencia. . .

Le arrojaban piedras los cobarduelos que no daban la cara y, como el “blanco” era amplio, atinaban siempre, hiriéndole en la frente, en el cuello o en el rostro, que llevaba siempre marcado. . . Cuando terminaron sus estudios de primera enseñanza, el mozo dijo a su madre que no quería volver al colegio; él estudiaría por su cuenta. Fueron inútiles los razonamientos de la anciana para hacerle desistir. “¿Quieres que siga aguantando y aguantando, hasta que ya no pueda más y mate a uno. . .?”. Comprendió ella que debía acceder a los deseos de su hijo.

A fuerza de leer y de estudiar con una tenacidad inquebrantable, durante muchas horas diarias, en los libros prestados por las bibliotecas públicas, consiguió adquirir una serie de conocimientos superiores y crearse una cultura general extensa, muy especialmente de ciencias exactas. Las matemáticas le encantaban; solo, sin guía alguna, pero con un tesón admirable, llegó a resolver las más intrincadas cuestiones de cálculo. . . Además de estudiar, trabajaba. Como era fuerte y sano, ayudaba eficazmente a su madre que empezaba a declinar: lavaba ropa, también, y ganaba algunas monedas para ayudar al sostenimiento de la casa y para adquirir libros.

Quince años. Cuando cumplió esta edad, se presentó en una

casa de banca y solicitó ocupar una plaza vacante. Hiciéronle un examen en el que sorprendió a los jefes, por la brillantez con que respondió a todos los enunciados propuestos y por su evidente inteligencia. . . Empezó otra etapa.

En el nuevo empleo, naturalmente, volvieron las burlas de la escuela. Los colegas le llamaron, asimismo, "Cabeza-Buque". Hubo discusiones y molestias; no faltaron las peticiones; pero, ante el temor de que la gerencia del banco interviniera, las burlas cesaron. Los empleados de la casa se habituaron pronto al fenómeno y él llegó a olvidar casi su propio nombre y no respondió más que por su apodo. "Cabeza-Buque" fue, pues, hasta en sus íntimos soliloquios.

Gracias a sus vastos conocimientos y al estudio tenaz, ascendió rápidamente en su carrera. Seguía estudiando, con una beca concedida por la empresa, en una academia especial; esta vez, ciencias económicas, contabilidad, organización de negocios. . . Cada vez ponía mayor entusiasmo en sus investigaciones. Mientras estudiaba, olvidaba su deformidad, y esto ya era bastante.

Una noche, llegó a su hogar con el rostro radiante:

—Madre: acaban de nombrarme primer ayudante de Caja, con doble sueldo. Desde hoy, no trabajas más. . .

III

Poco tiempo pudo disfrutar la infeliz lavandera de su merecido descanso. Verdaderamente, es un hecho que los pobres sólo dejan de sufrir cuando se mueren, y si por casualidad una buena circunstancia les permite dejar de sufrir, no pueden soportarlo y. . . se mueren también. Apenas habían transcurrido unas semanas y empezaba a saborear las dulzuras del ocio, cuando su corazón falló. Ella tuvo siempre el corazón débil, y la felicidad es un peso que no pueden resistir los corazones débiles. . . Una tarde, cuando Ataulfo regresó de la oficina, quedó extrañado al no ver, como de costumbre, luz en la vivienda. El cuarto estaba negro por completo, salvo un trapezoide azul que el tragaluz dibujaba en el piso. Al avanzar hacia el lecho, algo le hizo tambalearse y, a la luz indecisa del encendedor, pudo ver un cuerpo tendido. . . Gritó. Llegaron vecinos con quinqués de petróleo y recogieron a la anciana fría ya, como si hiciera varias horas que había recibido la caricia de la Pálida. . .

El dolor del huérfano llegó al delirio. Al perder a su madre

perdía el único ser que lo había amado; la sola mujer capaz de contemplarlo con cariño; la santa que, cuando miraba la fenomenal cabeza del hijo idolatrado, solía decirse—¡ay!, cada vez con mayor desilusión—: “Cuando crezca, se arreglará...”

Se la llevaron y “Cabeza-Buque”, incapacitado para tomar cualquier resolución, quedó allá, olvidado de todos, días y días... Hasta que comprendió, al fin, que era preciso asumir de nuevo la suprema responsabilidad cobarde: seguir viviendo. Volvió a la oficina y a la rutina diaria; pero por atavismo conservó el humilde aposento por donde habían vagado los ensueños de su infancia. Por evitar relacionarse con extraños, excepto en lo imprescindible, él se arreglaba la habitación, tendía su lecho, daba unos escobazos aquí y un par de plumerazos allá. Comía en un restaurante próximo, siempre lo mismo para no molestarse en seleccionar los platos. Sus horas de trabajo en el banco eran cumplidas con rigurosidad. El resto del tiempo lo dedicaba a estudiar, a leer. Tanto el estudio como la lectura lo distraían, y evitaba los pensamientos dolientes. Devoraba en la soledad del cuartocho volúmenes y más volúmenes de Economía, Hacienda, Derecho, Sociología, Comercio, Estadística y de otras materias, que lo ayudaban a convertirse autodidácticamente en un verdadero técnico. Cuando se cansaba de estudiar, leía; sin orden ni concierto, leía con velocidad fantástica las obras maestras de la Literatura, sin seleccionar géneros ni estilos: poesías, ensayos, crítica, historia, viajes, novelas y cuentos... La pequeña pieza iba atestándose de librotos que, después de leídos, quedaban allá, alineados “a la diablo” en anaqueles de madera. Leía, a veces, hasta muy tarde. Alguna noche, cansado de leer, antes de entregarse al sueño, se sentaba un rato junto al tragaluz, apoyado en las tinieblas de la boardilla como en sus años de infancia y soledad.

El cielo parecía estar más oscuro y más cercano, y las estrellas más próximas y brillantes. Era gratisísimo aquel silencio sólo interrumpido por el arrastrar sonoro de un vehículo que pasaba reptando, invisible. No se oían ya en estos tiempos, sino de tarde en tarde, y como una supervivencia arcaica, los “clops-clops” equinos que arrancaban chispas al empedrado, como tampoco se escuchaban, durante el día, los viejos pregones melancólicos que otrora escuchara esperando a la ausente. En el invierno, el viento de la madrugada bramaba al azotar las callejas angostas y, a veces, las gotas de lluvia salmodiaban una acelerada canturria. Gritos lejanos de trasnochadores que reclamaban la presencia del sereno o algún alarido suelto de borracho, y nada más. En los nocturnos

del verano, los grillos trezaban su monocorde mensaje y podían escucharse trozos de conversaciones de los acalorados vecinos que retrasaban todo lo posible el ingrato momento de internarse en los infernales hornos de sus habitaciones... la amanecida, que bruñía el horizonte antes de teñirlo de galas aurorales, asustaba al joven, quien acababa por abandonar el observatorio para engurrñarse entre las sábanas hasta que llegara el sueño.

No acostumbraba visitar teatros ni espectáculos deportivos o taurinos, salvo el "cine" que lo atraía por la oscuridad de la sala más que por cualquier otro motivo. Conforme había crecido, la monstruosidad con que lo señalara la Naturaleza se hacía más ostensible; la cabeza era algo enormemente sólido, cual un cimborrio de catedral o como un remate de torre. La frente, sobre todo, era una masa fuerte, un baluarte imponente que terminaba en los fosos negrísimos y anchos de las cejas, con las rugosidades propias de los fruncimientos constantes y un ángulo saliente terminado en dos protuberancias que fingían el pretense nacimiento de astas frustradas. Lo restante del rostro no era ya tan originalmente feo, ni siquiera grotesco: pómulos en pico sobre los que la piel se restiraba cual si quisiera romperse; nariz no muy grande, algo achatada con fosas nasales redondeadas y oscuras; labios gruesos casi siempre apretados que, cuando se apartaban, dejaban ver unos dientes fuertes, blancos y regulares, y para colofón de esta cara singular un mentón potente y durísimo de "vikingo", cubierto de vello cerrado, a pesar de las rasuradas diarias que suavizaban el aspecto de la suprema brutalidad a aquel rostro único. Sin embargo, sus ojos eran bellos, a pesar de que los envolvía en un perenne disfraz de hurañía y cuando no se sabían observados lanzaban una mirada dulce, aniñada, tímida, llena de piedad y de ternura; pero nadie conocía esa mirada que hubiera podido poner algo de humana característica en aquel conjunto de fealdad irresistible.

La gente lo miraba con burla, con miedo, con lástima; las mujeres, con horror, y hasta sus propios compañeros y subordinados que convivían con él durante tantas horas durante el transcurso de las largas jornadas de trabajo, no podían habituarse a "aquello". El mismo se sentía incómodo al contemplarse en un espejo, como aquella vez en que se había visto reflejado en una gran lámina azogada y moviente... Huía de la luz excesiva, de las aglomeraciones públicas, de las pláticas amistosas. Mientras lo arreglaban en la peluquería cerraba los ojos para no mirarse de frente y en su casa, después de la muerte de su madre, no volvió

a ver su propio rostro. Todavía se enfurecía cuando alguien, osado, le lanzaba el viejo alias de “Cabeza-Buque”; pero después acababa por encogerse de hombros. Al fin y al cabo, era natural. . .

Nuevas torturas hubo de proporcionarle la vida cuartelera. Por algún tiempo pensó Ataulfo que su macrocefalia le diera una eximente para el servicio militar, mas su ilusión duró poco. Tuvo que vestir el uniforme, a pesar de haber pagado la cuota máxima requerida para redimirse lo antes posible. Segunda edición, corregida y aumentada de lo que sufriera en el colegio; sólo que esta vez la unanimidad entre los verdugos era total y, desde el coronel hasta el último sargento, creyéronse obligados a “colocar” su chiste y esputar su befa ante aquel recluta de tamaña “gaita” rapada al “cero” a causa del severo reglamento castrense. Por fortuna, al cabo de unos meses fué licenciado. Las nuevas cicatrices de su alma iban a unirse con aquellas antiguas, incurables.

La mayoría de edad marcó para él un ascenso más. El Banco lo nombró para un cargo de alta categoría en el Consejo de Administración. Fue necesario abandonar, ahora, el viejo cuchitril e instalarse en un buen hotel céntrico. Su sueldo le permitía ya vivir con toda holgura. Comenzó a cuidar sus gestos, a refinar sus maneras, a redondear elegantemente sus frases, a esmerarse en el vestir. En cuanto a las mujeres. . . Ataulfo, terriblemente “acomplejado” y víctima de atroz, pero lógico misoginismo, se había mantenido casi totalmente casto. Claro está que la belleza femenina lo conmovía y que lo que los biólogos titulan “la llamada del sexo” lo punzaba con cierta insistencia, pero la timidez invencible parecía complacerse en frustrar sus instintos. Ni a las empleadas del banco, ni a las domésticas del hotel osaba enfrentarlas con franqueza; sabía que todas lo miraban de modo burlón, cruel, odioso. . . Víctima de su misantropía, tampoco hablaba con sus compañeros o jefes, sino lo mínimo indispensable que requería la profesión; pensar en amistades era pensar en la luna. Le agradaban los seres míseros, los animales vagabundos, los hombres de color que, como él, eran colocados al margen de la sociedad. Aunque tanto los negros como los mendigos se burlaban de él, también, franca o soslayadamente, y los canes le enseñaban los dientes si intentaba aproximárseles. Durante el día tomaba coche para ir a todas partes y sólo en la noche se atrevía a pasear sin rumbo por lugares desiertos, menos cuando había claro de luna, desde que, cierta vez, pudo ver su sombra reflejada en el camino; la sombra de un hominico que llevara sobre sus hombros, lo mismo que Atlante, la pesadumbre del globo del universo.

En ocasiones se enfurecía, sollozaba, insultábase con el mote maldito, denostaba a la Providencia, a la vida, a los padres, a lo divino y a lo humano, y sentía deseos de acabar... La lectura lo salvó, sobre todo la de aquellas novelas que hablaban de monstruos y de seres deformados, como el Gwinplaine enamorado de la ciegucecita Dea o como el horrendo campanero de Nuestra Señora de París, consumido por el incendio de su pasión hacia la gitana Esmeralda... Igualmente lo atraían las figuras inmortalmente de genios torturados por su físico ingrato como el enano Toulouse-Lautrec, el pintor extraordinario, o como el poeta mágico, Swinburne, macrocéfalo también y enamorado de la vida...

Veinticinco años. Ataulfo iba afianzándose cada vez más en el llamado "mundo de los negocios". Ganaba mucho dinero y jugaba en Bolsa con el regusto de proporcionarse una emoción en el amplio y tortuoso campo de las especulaciones financieras. Y como era demasiado experto, acertaba siempre. Entreteníase, después de un día fructuoso, en contemplar los fajos de billetes apilados sobre la mesa de su despacho y los palpaba cuidadosa y reiteradamente, sintiendo en aquello algo como un desquite. Ingresaba en su cuenta particular sus ganancias siempre crecientes y las dejaba aumentar sin decidirse a emprender ninguna labor de trascendencia, desoyendo las opiniones de consejeros más o menos interesados. En realidad, necesitaba poco para vivir, muy poco.

Por esto fueron muchas las veces en que, al contemplar los fajos de papel moneda que acababa de embolsarse en una operación o revisando la cifra del saldo de su cuenta, lisonjera y optimista, Ataulfo, siempre con el ceño fruncido, se preguntaba:

—Y todo esto ¿para qué...? ¿Para qué, dime, ¿para qué lo quieres, "Cabeza-Buque"...?

IV

Agente de Banca y Bolsa, Consejero Técnico del Banco Nacional, representante del Ministerio de Hacienda en casi todas las entidades financieras del país, especulador afortunado en todos los terrenos, el ilustre hombre de negocios, don Ataulfo Hernández, varias veces condecorado a la edad de treinta años; verdadero genio hacendístico, al decir laudatorio de los periódicos; de una sagacidad que igualaba a su probidad irreprochable, no sentía ninguna interior satisfacción, excepto en muy breves ocasiones que la realidad brutal derrocaba inmediata y despiadadamente. Sus

colegas del mundillo acaparador de caudales públicos lo admiraban, sin estimarlo jamás. Cuando “el gran Cabeza-Buque”—ahora lo denominaban de este modo—opinaba sobre tal o cual presunta alza de valores o sobre una posible quiebra de ésta o de la otra empresa, nadie dudaba. Las opiniones del alto funcionario eran artículos de fe. La consideración general le permitía cierta soltura de movimientos, cierta independencia apetecible. Claro está que, en ocasiones, sentía una oleada de orgullo, de vanidad, que lo azotaba bruscamente, abermejando por unos segundos su rostro casi impasible.

Admiración y consideraciones, pero ni pizca de estimación. Ni siquiera en este vastísimo maremágnum de los negocios, tan asequible a la fraternidad humana, había podido Ataulfo hacer amigos; y en verdad que él, por su parte, hizo muy poco para procurárselos. Cuantos se enriquecían siguiendo sus indicaciones hablaban de él con elogio; pero tropezaban en la barrera de hielo que colocaba siempre, consciente o inconscientemente, entre él mismo y sus favorecidos. Su sequedad habitual le apartaba de todos y nadie quería invitarlo a fiestas sociales pensando que, al aparecer en los salones, portando sobre los hombros aquella desmesurada mole, provocaría la oculta rechifla o la burla de quienes pensarán que aquello era un chiste de mal gusto. La presencia de “Cabeza-Buque” en los actos que los plumíferos de la prensa llaman cursilonamente “eventos sociales”, hubiera sido muy poco “chic”. Y, comprendiéndolo así, el aislamiento continuaba y él retraía más y más.

Su rostro iba adquiriendo, al transcurrir el tiempo, una dureza de granito y la mirada de sus grandes ojos inmóviles helaba muchas sonrisas hipócritas para convertirlas en muecas de inquietud. No era su monstruosidad como la del Gwinplaine deformado por los hombres que invitaba a la risa y al regocijo, sino la que fija, que estremece, que petrifica, que espanta. ¿Cómo, pues, iniciar una amistad con un congénere? ¿Cómo, pues, conversar en dulce afabilidad con una mujer? Esto le estaba prohibido con más rigor que cualquier otro sentimiento. Hasta el amor ficticio tenía que esconderse entre densas tinieblas: en sus encuentros ocasionales con ramerías cotizadas en alto precio, el escenario se borraba en buscadas oscuridades para no ver y para no ser vistos uno de otra, en el mutuo asqueamiento. . .

Eran éstos, por supuesto, los únicos contactos que se permitía con mujeres y tras largos interlapsos. Sin embargo, el corazón romantiqueaba a veces y hasta soñaba con el posible hallazgo de

una infeliz, semejante a la Dea, ciega y enamorada, capaz de morir de pasión por su "lord" saltimbanqui... ¡Tántas míseras deambulaban a través de las páginas de novela rusa! Pero cuando surge algún redentor y busca a las tristes heroínas, no las halla ni para un remedio. Cuando las alas del corazón se mueven anhelantes, el hombre, en su soledad, está indefenso... El cuitado deseaba no vivir tan solo; aunque tuviera que pagar la compañía a peso de oro. Quizá la costumbre permitiese más luego la convivencia... Bien sabía que no faltaban mujeres capaces de venderse, de matrimoniar, incluso, para obtener un bienestar a trueque de vivir en perenne insatisfacción; por eso la solución no le agradaba. Obligar a cualquier damisela escuálida de la clase media o aun de la clase obrera a compartir su vida triste, con el señuelo de sus billetes, le parecía un acto vil. Existían mujeres feas, desesperadas por su soltería y su virginidad inútil, o mancilladas y abandonadas sin remisión, que quizá lo aceptasen; era él quien, por un noble atisbo de dignidad, no aceptaba esta solución falsa y ridícula.

En busca de distracciones, Ataulfo viajó por diferentes países. Pronto se hastiaba también de este efugio emocional y regresaba a su ciudad cada vez más molesto y hostigado por las miradas plenas de susto o de ironía con que, por doquier, era acogida su presencia. Y las noches, en su cuarto de hotel mercenario, le traían nuevos suplicios. Hostigábalo el insomnio sin permitirle apartarse de su idea fija: "No quiero vivir solo; pero ¿querrá alguien vivir a mi lado?"

Intentó escribir. Otros habían usado este medio como una "fuga" de la realidad y hasta consiguieron el olvido momentáneo. ¿Por qué no ensayar semejante procedimiento?... Y, en efecto, durante algunos meses, dedicóse a confiar sus sentimientos a las blancas cuartillas que iban llenándose, poco a poco, de francas lamentaciones ingenuas y de la descarnada exhibición de toda una gama de pensamientos desdichados... De pronto, un día pensó que podría morir repentinamente, sin tiempo para hacer desaparecer esas lucubraciones íntimas, las cuales, caídas en manos ajenas, pudieren servir de póstumo regocijo a los burlones lectores. Entonces, destruyó todos los papeles escritos y no volvió a tomar la pluma ni a sentarse ante la máquina, sino para los asuntos meramente profesionales e intrascendentes.

Al cumplir treinta y cinco años decidió que tenía suficiente dinero para apartarse de todo trabajo y vivir de una renta generosa. Invirtió su capital en hipotecas y presentó la dimisión de su cargo,

irrevocablemente. No era por cansancio, no; él jamás sintió fatiga y, por el contrario, siempre creyó que le convenía trabajar activamente; pero lo que ansiaba sobremanera, su principal objetivo era el de vivir apartado, no ver a nadie que no fuese indispensable, no hablar sino consigo mismo.

Así, encerrado con su alma, vivió mucho tiempo. Leía, estudiaba, salía a pasear durante la noche y por lugares poco o nada concurridos, como de costumbre... Los meses completaban la procesión de los días y los años la procesión de los meses... Envejecía, y así podía comprobarlo cuando pasaba las yemas de los dedos por las asperezas de su piel y por los surcos cada vez más profundos de su anchurosa frente; los cabellos, descuidados, raleaban y los aladares engrisecían... Alguna vez meditó sobre la inutilidad de su vida y pensó en acortarla voluntariamente; mas nunca se consideró lo suficientemente valeroso o lo suficientemente acobardado para intentarlo. Había que dejar así las cosas, hasta que Dios se apiadase... En los insomnios constantes, se complacía en contar los minutos que iba marcando con su monótono tic-tac el despertador y que, insensiblemente, lo acercaban a la tumba. Su postrer pensamiento antes de adormecerse, por fin, bien entradas ya en el dormitorio las palideces anunciadoras de un nuevo día, era: "Si no despertase más, nunca más, bendeciría al Cielo..."

Para evadirse de su realidad, probó a engrosar la infinita legión de los bebedores. El alcohol, al que siempre había aborrecido, y que traía a su memoria las vilezas paternas, le produjo, al principio ese estupor emocional que tanto ansiara. Sus primeras borracheras solitarias le hicieron creer que allí estaba el lenitivo deseado. Olvidaba; olvidaba su nombre, su vida, su dolor, cuando la embriaguez saciaba su sed perniciosa, y caía después en un sopor que duraba largas horas y del que salía atontado, embrutecido, enfermo...

Esto duró poco. Según se iba habituando al vicio, los momentos de olvido fueron haciéndose más breves, hasta que llegó un momento en que no hubo olvido en absoluto. Por el contrario, en el paroxismo de la borrachera se sentía más ridículo que nunca, ridículo de cuerpo y alma. Tan estúpido que un día que se miró al espejo soñando en que su defecto se atenuaba, contempló un rostro tan horrible que se quedó positivamente espantado... Rompió a tiros el espejo y disparó las balas de que disponía contra las botellas vacías y las llenas, contra los muebles, los muros y las puertas, y produjo tan gran escándalo que los aterrados vecinos hicieron intervenir a la policía. Costóle bastante dinero que el

asunto no trascendiera y llegase a envilecerlo hasta lo último, por la publicidad excesiva y los malvados comentarios de la gente.

Abandonó el alcohol y, algún tiempo después, ensayó el embrutecimiento por medio de las drogas prohibidas. Gracias a su prodigalidad pudo hallar los lugares clandestinos donde proveerse de los anhelados estupefacientes. Tampoco halló ese gran olvido que ansiaba. . . Uno de sus "contactos", generosamente retribuido, lo condujo a un fumadero de opio donde unos chinos, al parecer auténticos, le iniciaron en los secretos de la "divina planta". Aprendió el ritual indispensable, que ya conocía teóricamente por las novelas de Mirbeau y de Farrère, y se entregó al espantoso vicio. Ahora bien, como si Dios se hubiese compadecido del infeliz, la famosa adormidera no le produjo sino unas neuralgias inaguantables y constantes vómitos. Las visiones de ensueño y felicidad tan decantadas por los adoradores de la droga no se presentaron jamás ante el campo sensorial del neófito, y la única visión que consiguió captar fue, después de consumidas algunas pipas, la de un monstruoso conjunto de individuos con fabulosas cabezas que gravitaban sobre cuellos de alfeñique, todos semejantes entre sí y semejantes a él mismo. Diríase una multitud inacabable de "Cabezas-Buque", hurañas y marcadas por el rictus de una risa inmóvil y siniestra, que lo contemplaban y giraban en su derredor, pretendiendo envolverlo en volutas cada vez más veloces. A los gritos que dio, acudieron los sirvientes de la casa. . . Horas más tarde, fue encontrado abandonado, sin sentido, en una calle desierta, desprovisto de su dinero, de la documentación y de algunas ropas, y muy enfermo. . . Cuando, unas semanas después pudo regresar a su domicilio, tras haber pasado las más vergonzosas humillaciones, se prometió a sí mismo no reincidir. . . Comprendió que no había remedio. . . "Cabeza-Buque" no podría evadirse jamás de "Cabeza-Buque". Sólo eso sería a todas horas, en todos los instantes: "Cabeza-Buque" para él mismo y para los demás. . .

V

Cierta noche regresaba Ataulfo a su domicilio, después de prolongar inmoderadamente uno de sus cotidianos paseos. No quería volver demasiado pronto; sentíase bastante desasosegado y, recordando que, desde hacía tiempo dormitaban sus instintos, dirigióse al burdel semisecreto donde tenían lugar, de tarde en tarde, sus encontronazos con las coimas ocasionales de que proveía a sus clientes la "casa".

La proxeneta—una vieja de rostro anguloso, cuya mejilla izquierda hallábase espantosamente surcada por la cicatriz de un chirlo que iba desde la oreja a la boca desdentada—, concedora de la liberalidad del rico “parroquiano”, lo acogió con aires de melindroso misterio:

—¡Don Ataulfo! ¡En qué gran momento llega! Ahora mismo estaba yo pensando en usted. . . Porque acabo de recibir una cosa muy buena: una novata colosal.

El visitante encogióse de hombros:

—Déjate de “novedades”; prefiero una antigua. Tú ya conoces el refrán: “Más vale lo malo conocido. . .”

Pero la “furcia” insistió:

—Don Ataulfo, que le juro que es una perla.

—Bueno; mándamela arriba. . .—respondió, con indiferencia, para no discutir.

En la penumbra de la alcoba, presuntuosamente amueblada, esperó el arribo de la anunciada “perla”. Realmente, si no era nueva, por lo menos era muy joven. Vestía modestamente, con cierta decencia de aspecto, y su rostro carecía aun del desgarrado descaro que le presta la práctica del oficio.

La alcahueta esperaba con la cara bañada en una sonrisa cómplice. Una vez recibido el “precio” de la pretendida novedad, retiróse discretamente.

Tras la silente y muy breve sesión de lo que algunos cínicos denominan “amor”, en la oscuridad de la pieza, la moviente mercancía, ya no tan virginal, quedó sumida en el más profundo de los sueños. “Cabeza-Buque”, a su lado, no tardó en seguirla a las agradables morfeicas regiones.

Horas más tarde, un rayo de sol partiéndose en miríadas de moléculas brillantes que penetraba por el resquicio de la ventana, lo despertó. A su lado, en el lecho común, la joven meretriz contemplábalo con atención.

Con atención y con curiosidad, desde luego; pero sin burla y sin temor. . . Ataulfo creyó soñar, al reconocer aquella mirada nada hostil.

—¿De veras, muchacha, no te asusto ni te hago reír?

Ella respondió, sonriendo de manera medio boba:

—¿Asustarme? ¿Reír? No... ¿Por qué...?

—Pero... mi cabeza... ¿Te has fijado en mi cabeza?

—Sí, claro que sí; me he fijado mucho... Pero no me hace reír; a mí nada me hace reír. Tampoco me da miedo. Lo único que me da miedo de verdad es el hambre...

—¿El hambre?

—Sí, el hambre; ése sí que tiene una cabezota enorme... Y además, unos dientes puntiagudos que, en cuanto una se descuida, se le clavan hasta desgarrarle las entrañas...

—¿Tú has soportado a ese monstruo?

—Siempre. Mató a mi madre y, desde que nací, no ha cesado de atormentarme. Me muerde; luego me deja descansar un rato y, después, me desgarrá de nuevo... Por eso me he metido a... esto: para poder saciarme, para comer a mi antojo hasta hartarme, para que no vuelva más el hambre...

Hubo un silencio présago en la pieza caliginosa aún. Ataulfo, mientras se vestía, meditaba.

—Pues ahora vas a saciarte —dijo—; mata al monstruo, muchacha; mata al hambre para siempre.

Llamó a la celestina. Inmediatamente se movilizaron las “fuerzas vivas” de la casa, al conjuro mágico de los billetes... Y, efectivamente, aquel día y en aquel mismo dormitorio, la ramerita debutante se hartó. Comió lo que le sirvieron, magnífico en abundancia y en calidad, hasta el punto de que enfermó de indigestión.

La enfermedad duró casi una semana. El propio Ataulfo, se convirtió en el enfermero, suave como el buen samaritano, decidido a que la primeriza fuese olvidando paulatinamente la cabezota y los dientes del monstruo que la atormentara durante tantos años, y habituándose a la real cabezota del otro monstruo humano que la atendía tan maravillosamente... Al salir de allí, ambos eran amigos.

Al mes siguiente, en una iglesia de arrabal y con la mayor discreción, contrajeron matrimonio Ataulfo y la joven hetera, quien, de una vez para siempre, apartaba de sí el suplicio de ayunar a la fuerza. Por su parte, él, con esta boda casi oculta pretendía matar igualmente su hastío y su soledad...

En realidad, el infeliz bien sabía que ella no lo amaba; no estaba ciega, y sólo se encuentran Deas en las novelas de Hugo; pero permanecía a su lado, casi constantemente en silencio; como si todo lo que sucedía fuera un milagro, íbanse habituando el uno al otro. Sin darse cuenta, de una manera instintiva propia sólo del alma femenina, hacía creer que quizá él exageraba su propia fealdad, que era víctima de complejos.

Viajaron. Ella no quería, despiertos ya sus apetitos de vivir, prescindir de la “luna de miel” a que creía tener derecho. Ataulfo perdió el miedo a los comentarios de la opinión pública, embozándose en la capa de un falso cinismo. No obstante, cuando le era posible, renunciaba a los paseos. Con cualquier pretexto se encerraba en la habitación del hostel y le dejaba a ella sola hacer las compras y las obligadas visitas a los monumentos históricos, en los lugares de su periplo turístico.

De regreso, tres meses más tarde, se instalaron en la capital definitivamente. El rentista alquiló un cómodo departamento en el primer piso de un edificio moderno. Lo amuebló con lujo, dando en todo satisfacción a su esposa, que se creía heroína de un cuento de “Las Mil Noches y una Noche”.

La novedad cesó pronto. Y apenas transcurridos seis meses de la nueva vida, sufrió Ataulfo la primera decepción y, como corolario, cometió la primera cobardía.

Al regresar a su casa una noche, después de un paseo nocturno terminado antes que otras veces, sorprendió a la mujer a la que había regalado su nombre y su dinero con un tipejo cualquiera, en la forma que los leguleyos intitulan “conversación culpable”. El individuo, encontrado en la calle días antes, al ver entrar en la habitación a aquel fenómeno trágico, en quien adivinó al esposo ultrajado, huyó ridículamente en mezquina indumentaria, aterrado por la vindicativa cabeza de Medusa que amenazaba su vida precariamente envuelta en unos tristes calzoncillos de lanilla.

Y él no la expulsó del hogar. La golpeó rudamente hasta fatigarse, sin que ella hiciese gesto alguno de defensa... Después, la perdonó con la envilecida mentecatez del desdichado o con la grandeza de alma del superhombre... Tal vez, las dos cosas...
¡Quién sabe!...

VI

Habíasele hecho indispensable la compañía de aquella mujerzuela, que sólo esto era y esto siguió siendo a pesar de la sanción

matrimonial y de que el espectro famélico no alucinaba ya los sueños de la, hoy, esposa del acaudalado hombre de negocios. Este habituóse pronto, después de la primera claudicación, a pasar por alto los deslices sucesivos, que no fueron pocos. La necesitaba en la casa y creía que el hecho de arrojarle a ella del hogar anormal que entre ambos habían formado era un acto también anormal y, para él, posiblemente inaguantable. Quizá, a su manera, se habituó a la vida fácil y semihonesta y al trato burlesco, pero disfrazado de hipócrita respeto de los fámulos y de los proveedores. Nada tenía importancia para él, pensaba Ataulfo mientras tanto. Si soberanos y príncipes, hombres de egregia categoría social o mental, genios de la Historia, del arte y de las letras, como Luis XVI y Carlos IV, Napoleón y Víctor Hugo, entre tantos y tantos, “lo” habían sido, ¿por qué él debería sentirse vejado con la afrenta clásica? Una testa como la suya parecía reclamar, por derecho propio, una complementación como la del buey Apis. En su actitud no existía ni un átomo de cinismo, sino una conformidad cifrada en el clímax de su amargura. Acabó por no enterarse de nada o por no querer enterarse y ella, por su parte, parecía asimismo fatigada de sus veleidades. El tiempo, ese gran cirujano de las almas, iba haciendo su labor cauterizadora.

Y, de pronto, surgió ante la conciencia de Ataulfo otro motivo de índole primordialmente sentimental. ¡Iba a ser padre!

¡Padre! . . . Cuando ella le dio cuenta del trascendental “evento”, procuró convencerlo, jurando por todos los santos, vírgenes y mártires de la corte celestial, que el hijo era legítimo, archilegítimo, ciento por ciento puro; de él “y de nadie más”. ¡Si lo sabría ella! Desde hacía muchos meses—alegaba—no le había vuelto a “faltar al respeto”. El hijo era de Ataulfo, de Ataulfo, de Ataulfo, repetía con saña, cual si quisiera machacarlo tenaz y rotundamente en la conciencia del escéptico marido.

Durante los meses de gestación, “Cabeza-Buque” vivió insospechadas emociones, olvidado de sus infortunios, con el espíritu iluminado por dentro y limpia su conciencia como frotada con pan eucarístico. Por primera vez se sintió íntegramente bueno y feliz.

¡Un hijo! ¿Imagináis lo que es esto, vosotros a quienes aún no os ha sido otorgada esa entronización incomparable del hombre? ¡Un hijo! ¿Cuándo hubiera podido esperar el paria triste, ni siquiera sospechar semejante bienandanza? Como D’Annunzio lo había expresado magistralmente en uno de sus bellos cuentos: “Figuraos que al final de una vara seca y muerta crece una rosa fragante” . . . Iba a ser padre: lo más noble, lo más sublime, lo

más solemne, lo más importante en la vida de los humanos. Y contemplaba la creciente redondez que marcaba la vida en germen, con éxtasis arrobador empapado en mística ternura.

De vez en cuando, claro está, la mala idea de que el vástago no fuera suyo desfloraba su imaginación; pero en el acto la desechaba resueltamente. Después de todo, hasta cierto punto ningún hombre puede jactarse de conocer ciertas cosas ni convienen las averiguaciones para la quietud del orden social establecido. Un día, quizá no muy lejano, la ciencia médica nos dirá que el problema de la investigación paternal ha quedado resuelto; mientras esto llega, hay que pensar en que la moral tiene sus exigencias y, por lo tanto, llenarse de sabia confianza y esperar, o—como lo hacía Ataulfo—acomodar sus dudas a una pertinente conclusión filosófica:

—Y, después de todo, ¿qué más da?

Ante la Sociedad, con mayúscula, aquel hijo que iba a nacer, y al que en el juzgado municipal decoraría con su vulgarísimo apellido, era suyo, total e integralmente suyo. Si alguien intentaba sospechar, ¡allá él! Como reza el lema de la Jarretera: “Honni soit qui mal y pense”...

Cuando el esperado heredero vino al mundo, el novel padre pudo convencerse con desgarrante dolor de que no hubo fraude. Todas las dudas quedaban rotundamente disipadas. El hijo era suyo, tan suyo que semejaba una reproducción exacta, en tamaño reducido, de su progenitor... Pequeñajo, poquita cosa, con ganas de vivir y... con una cabeza enorme, mayor que el resto de su cuerpecillo fofo. Un “Cabeza-Buque” de bolsillo, pensarían sus conocidos.

Allá estaba, en el “moisés” adornado con prolijos lazos azules, el pequeño monstruo, a quien el padre, estupefacto, no se atrevía a besar y del que no podía apartar la vista, atónita. Y la madre, feliz, encantada en el despertar brusco de su instinto de creadora, acarició una mano del alelado esposo y le preguntó:

—Es igual que tú... ¿No lo besas?

Entonces, él hizo lo mismo que su propio padre había hecho muchos años antes: retrocedió angustiado y, señalando la temblorosa cabezota, exclamó:

—Pero... “eso”... mujer. ¿No ves “eso”?

Y la madre respondió, plácida, con la misma frase tan oída por él, cuando era niño:

—¡Bah! ¡Eso! Cuando crezca se arreglará... Casi todos los niños nacen así, y luego...

¡Ay! Sabía muy bien por su propia experiencia, que aquello no se arreglaría jamás; que aquel ser a quien hubiera querido dar todo su corazón, sería siempre, siempre, un desventurado como él, sin remisión alguna, sin salvación posible; que arrastraría una vida amarga, misérrima, de angustia interminable, de horrenda, infinita desesperación.

Todo cuanto hasta la fecha sufriera Ataulfo parecíale insignificante al lado de lo que en estos momentos malvados le tocaba padecer, mientras contemplaba con el mayor de los espantos a su fenomenal retoño.

Allí estaba “Cabeza-Buque, número 2”... Y, después, seguirían probablemente, el número 3 y el número 4 y, quién sabe si todo un ejército de míseros y horrendos cabezones como en una grotesca procesión de aquellarre carnavalino. No, esto no podía ser; no debía ser... Dios no lo permitiría...

Los domésticos, los escasos visitantes que contemplaron al niño, sin malicia alguna, desde luego, porque nunca puede haber sarcasmo en la contemplación de una cosa tan desvalida, tan indefensa como un recién nacido, hicieron el mismo comentario:

—Es el retrato de su padre...

¿No hubiera valido más que su cónyuge le mintiera un hijo adulterino, pero normal? Todo, todo antes que esta cosa increíble. Esto que no podía ni debía ser... El tenía la obligación de evitar que la monstruosidad prosperase, dando a aquel hijo, tan igual, lo mejor de sí mismo... Que el niño no sufriera nunca como el sin ventura que lo engendró... Dios no lo permitiría. ¡Jamás!

* * *

Cierta noche, alucinante de silencio y de calma, cuando todos dormían en la casa, tomó el pequeño engendro, tan adorado en esta hora suprema, separándolo cuidadosamente de junto al pecho de la madre, entregada al profundo sueño de las parturientas... Besó a su hijo, con ternura infinita una vez y otra... Después, siempre con él en los brazos, bien oprimido contra su corazón como el mejor tesoro, abandonó sigiloso el departamento.

Salió a la escalera y comenzó a subir con lentitud... Ascendía, ascendía apretando su preciosa carga que respiraba con regularidad en su profundo sopor de lactante. Ascendía las gradas; atrás quedaban los tramos y los descansillos. La oscuridad era absoluta, pero el ascenso era tan sereno que no permitía titubeos, como si subiera al cielo. Instintivamente iba contando: primer piso, segundo piso, tercero, cuarto, quinto...

Después: una terraza amplia, abierta a las negruras de la noche, limitada por una muy poco elevada barda de cemento.

“Cabeza-Buque”, mordiendo sus últimos sollozos, permaneció unos instantes de pie sobre el remate del antepecho. El niño, despierto por el frío, lanzó un gemido. El padre lo besó con ansia... En seguida se precipitó en el vacío.

Sonaron casi simultáneamente dos brutales impactos sordos, como de sacos desfondados, cuyo ruido no podrán olvidar ya quienes los escucharon. Y, luego, saltando de los dos montones de carne aplastada—uno grande y otro pequeño—que reventaron sobre el empedrado, crecientes chafarrinones rojos, brillantados por la luz espectral, se resolvían en hilos negruzcos que se entremezclaban...